



Leonardo Sciascia.

una acción antifranquista: hacer volar a Carrero Blanco.

Observador atento, el italiano, de la situación política de su país, antiguo participante (como independiente) en una candidatura comunista, incluido su nombre en las listas del Partido Radical en las últimas elecciones, Sciascia es el mismo cuando polemiza acerca de "El caso Moro" (Argos-Vergara, 1979), cuando concede una entrevista o cuando publica una novela como "Cándido o un sueño siciliano" (1). Pues Sciascia es, antes que nada, un excelente narrador.

Empecemos por el final. Pasando Cándido —el "siciliano"— y el arcipreste don Antonio Lepanto (supo, nos dirá Sciascia, salir de una Iglesia, la católica, pero no pudo prescindir de otra, la del PCI) por las calles parisenses, escenario del mayo francés (¿Eran nuestros abuelos o nuestros nietos?, le interrumpió Cándido), se topan con la estatua de Voltaire. El ex arcipreste, exultante, grita: "Ese es nuestro padre, ése es nuestro verdadero padre".

Resulta sorprendente que Sciascia, poseedor de esa ironía que tan bien maneja, de esa burla perfectamente volteriana, no hubiera escrito antes este "Cándido", a imitación del original aparecido en 1759. Y, sin embargo, el relato de Sciascia está fechado a finales de 1977 en Raccalmuto. Parece la contribución del novelista siciliano a la conmemoración, al año siguiente, del bicentenario de la muerte de Voltaire.

La etapa política de la Italia

(1) "Narradores de hoy", traducción de Ana Colázar. Bruguera, Barcelona, 1979.

de hoy comienza, posiblemente, una noche, en que desembarcan en Sicilia las tropas norteamericanas. En esa noche, la del 9 al 10 de julio de 1943, nace en una gruta, a resguardo de los bombardeos, Cándido Munafó.

Este Cándido crecerá, aunque no tanto, junto a la Democracia Cristiana, recogido —su padre muere; su madre huye con un "liberador" norteamericano— por su abuelo, transformado, de la noche a la mañana, de viejo fascista en senador democristiano.

Traba amistad con el arcipreste don Antonio —en quien parecen confluír los filósofos Pangloss y Martín del original volteriano—. El cura cuelga los hábitos. Ingresan los dos en el PCI. Pronto, Cándido se sentirá incómodo y se excluirá. El arcipreste, no. Tiene necesidad de estar arropado y aunque, al final, se considera bastante "gauchista" no puede prescindir del carnet del partido.

Con el mismo fin que Voltaire, Sciascia, mediante la ironía, señala los defectos de la sociedad italiana que le ha tocado vivir y denuncia el nulo espacio que se reserva a los ingenuos como Cándido, perfectamente lúcidos, no obstante.

El irracional comportamiento de sectores burocráticos del PCI (causa de algunos de los episodios más divertidos del libro), el irresistible ascenso de la DC —los dos ejes de la política italiana— son caricaturizados por Sciascia en esta novela, llena de humor, que, además, consigue no aburrir al lector. Pequeña vanidad que se permite Sciascia, afirmándolo, al final del libro. ■
JAVIER GOÑI.

Heliodoro, ¿una broma de amigos?

El premio Heliodoro —cuyas incógnitas siguen sin resolverse al cierre de esta edición— entraña, desde su convocatoria y desde su planteamiento, algunos temas, divertidos y serios, sobre la producción cultural en este país. Haciendo un poco de historia, el Heliodoro se convocó hace ya muchos meses, dotado con diez millones de pesetas, como premio capricho: un mecenas, que no daría su nombre porque era un indiano que quería permanecer en el anonimato, dotaba esta cantidad, sin carácter periódico en principio —es decir, sería la única edición del premio—, porque quería encontrar una novela, como aquel que busca un hombre bueno.

Ni uno solo entre los escritores dejó de pensar por un momento en aquella ocasión. Era un dinero que entre la suerte y el trabajo —tan tan unido a la suerte su trabajo...— podrían hacerle caer en las manos. Y así llegaron a Heliodoro, una editorial conocida sólo entre bibliófilos, cientos de originales. Mucho más tarde, al filo ya del Planeta, una editorial grande, Argos-Vergara, se ofrecía para publicar la novela ganadora, mientras corrían historias diversas; una de ellas nos mostraba a don Heliodoro, que sería el indiano, dejando en testamento toda su fortuna para bien de los escritores y desesperación de sus herederos desheredados.

¿Para bien de los escritores? En una de las primeras notas de prensa de Heliodoro-Argos aparecían, con el agradecimiento del mecenas, del editor, de todo el mundo, la lista de escritores rechazados en el premio. Nombres, apellidos, títulos, porque en este concurso estaba prohibida la plica. Los escritores tenían que dar la cara. Y vaya que la daban. Más tarde

se supo que la selección la había hecho, él solito, un crítico de arte y escritor de novelas él mismo, que muchas veces ha hecho públicos sus gustos literarios: Manuel García Viñó. Y también se supo que el Jurado permanecería en el anonimato, junto con el mecenas, en las mismas tinieblas.

Así empezó el "show" del fallo. Antonio Fernández, Heliodoro, abrió las papeletas en cuyo control no había ni notarios ni similar, y confesó conocer con anterioridad el fallo, "puesto que él era, obviamente, quien había guardado las papeletas en sobres de la editorial". Y entonces fue cuando Angel María de Lera, y la Asociación Colegial de Escritores en pleno, que estaba allí, comenzó el fuego en el que se habló de Juzgado de guardia, y también, claro, del poder del dinero. Todo el mundo pedía que se le tratara bien, desde el editor hasta, por orden, el mecenas. Y empezó a surgir la sombra de la mentira total, del juego y de la magia, diría el editor, porque empezaba a estar en la cabeza de todos el que no había Jurado ni mecenas, ni diez millones ni nada. Tal vez, ni ganador, porque este Claudio Bastida, que se iba a llevar el premio, era una figura turbia, que aparecía rodeado de Antonios Fernández, uno Molina, otro Heliodoro, y absolutamente ligado al anterior. Tenía toda la pinta de ser un

seudónimo, cuidadosamente trabajado por Antonio Fernández Molina, finalista reciente del Adonais, que lanzaría su figura como antaño fue lanzada la de Jusep Torres Campanals, pero... Bueno, había que hacerlo mejor en el tiempo de la comunicación, así que se le daba un premio. Un premio en que los concursantes serían de verdad. La única verdad. ■ R. M. P.



Escribir la atmósfera

Ramón Carnicer, una vez más, demuestra haber nacido en el Bierzo y saber ser consecuente con los aires que ha respirado. Si sus cualidades estilísticas ya quedaban perfiladas en "Cuentos de ayer y de hoy", que obtuviese

el Leopoldo Alas, y su afán por el registro de menudas incidencias y latido de paisajes en su prosa viajera de "Gracias y desgracias de Castilla la Vieja", su última novela (1) tiene desde luego una común atmósfera, en la manera de hacer, con anteriores obras suyas, como "Los árboles de

(1) Todas las noches amaneco. Plaza y Janés, 1979.

Cultura a la contra

Postal de Mallorca

La isla de Mallorca es como la hermana mayor de Ibiza, y de todas las Baleares. Es más rica de ambiente, más viva que sus hermanas. Y posee una ciudad cantada por poetas, llena de bares, de discotecas, de marineros y de comerciantes. Isla, pero mediterránea, no tiene esa cerrada fiereza insular que caracteriza a las de los mares fríos y norteaños; estas últimas habían de defenderse contra el frío y el enemigo mar, portador de piratas a caballo de sus olas encrespadas, de invasores y de enemigos, mientras que las islas mediterráneas han estado siempre asaltadas más bien por comerciantes y colonizadores amables, a quienes han acabado por asimilar. Antes de convertirse en vertedero de basuras nucleares o no, el Mediterráneo era un hogar cerrado; cualquiera que viniese de cualquier punto de él era "de casa", y como tal se le trataba. El concepto de extranjero no es muy mediterráneo que digamos, porque el comercio lo prohíbe. El comercio, padre de la cortesía, de la idea de igualdad entre los hombres y de la democracia: porque solo entre iguales se puede comerciar, y porque un cliente maltratado se va a comprar a otro sitio. Aquí se nota eso bastante: es evidente que al extranjero, como en todas las comarcas turísticas del mundo, se le explota, se le estafa y, en fin, se le saca partido; pero se le trata bien, se le hace sentir a gusto, se le deja incluso que se pase, en la medida de lo tolerable. Y a algunos se les adopta incluso: como pasó hace ya años con Camilo José Cela, antes gallego y hoy afincado en Mallorca. O, más recientemente, con Kevin Ayers o con David Allen, rockeros de los sesenta, "hippies" quemados que han venido aquí a beber gin-tonics entre olivos y palmeras y a componer música en sus ratos libres: se les admira, se les adora en la isla donde los rockeros son legión.

Hay un ambiente aquí como de Costa Oeste americana en los años sesenta, de una tranquilidad casi "hippiesca". La misma Palma recuerda un poco a Los Angeles cantada por Chandler: con muchos pequeños suburbios encaramados en colinas y montañas, o metidos en bahías y calas blancas. Como aquí casi no hay distancias, se puede vivir en medio del campo y plantarse en la ciudad costera y trepidante en menos de un cuarto de hora. Debe ser precisamente esta cualidad geográfica, la continua convivencia campo-ciudad, lo que hace de esta isla algo tan idílico y tranquilo. Ni siquiera las drogas duras —de las que se hace aquí bastante consumo por parte de los modernos— consiguen dar ese aire de sombrío frenesí que caracteriza, digamos, a Madrid. Y los madrileños nos quedamos un poco sorprendidos por ese ambiente de paz —que tampoco los marines consiguen romper, aunque lo intenten—, y acabamos entendiendo que tal vez también pueda haber marcha y color en la tranquilidad no agresiva de esta isla. Y la hay, desde luego. Mallorca es una cura contra la neurosis, si se toma en dosis no excesivas, y precisamente en esta estación, entre verano y otoño, cuando el sol no es ya demasiado agresivo y omnipresente y los turistas empiezan a marcharse, no pululan por todas partes, no molestan.

También hay "rock": se escucha mucho, más tal vez que en Barcelona y en Madrid. Se escucha en los bares, en las cafeterías, en casas de amigos. Los rockeros, ya lo he dicho, son legión. Esta es una de las pocas buenas cosas del turismo: los turistas traen cultura, modas, elementos que, aunados a los autóctonos, consiguen una amalgama bastante bonita e interesante. Y se bebe bien, y duro. En estos pueblos —¿influencia inglesa o costumbre de autóctonos?— se sabe beber, duro y de calidad, sin que se noten tampoco borracheras excesivas. Hay buena ginebra menorquina, y licor de hierbas, parecido al de Ibiza, pero con matices de sabor diferentes. Y una cosa llamada caña, un licor fortísimo que revienta mulas: 65 grados tiene el angelito. Por eso debe ser que se entienda tan bien aquí el "rock" alcohólico de Kevin Ayers, otro de los residentes honorarios de este país. Como consejo amistoso, recomiendo a los visitantes que se pasen por el bar Joe's, en la plaza Gomila, de Palma. Dan buenos dry-martinis, justo con la ginebra y el martini que uno desea siempre. Desgraciadamente, no se come tan bien.

Últimas recomendaciones: los mallorquines no son catalanes. Y la isla —Palma, al menos— no es tan barata como la pintan. Y, para tarjeta postal, esto ya es largo. ■ EDUARDO HARO IBARS.

oro" o "También murió Mancebido".

"Todas las noches amanece" está impregnada, temática y lingüísticamente, de una cualidad fronteriza, justamente la segregada por las tierras, los cielos, las charlas y los usos que emparentan las zonas hermanas de León y Galicia. El castellano —tan céltico— derrochado por Ramón Carnicer está al servicio de una visión del mundo irónica, no optimista, pero teñida de una esperanza pequeñita en lo que de bueno puede reportar el mirar calmo, la atención a lo menudo, la palabra que ayuda a ir viviendo y mirando a los demás.

Historia vertebrada a través de la oscura existencia de un cura rural, entre temperamento artístico y cascarrabias, nos introduce en un sinfín de vidas, en un ajeteo de familias, anécdotas bienhumoradas, forcejear de in-



Ramón Carnicer.

tereses, todo ello enmarcado en los avatares históricos de la primera mitad de nuestro siglo. La existencia del cura don Félix y la de los demás personajes se va desarrollando según una cronología, pero la novela no es propiamente una narración lineal; a menudo se detiene, se extrapola en historias que alguien relata, que de algún modo llegan a nuestros oídos, y el escritor se toma su tiempo para ver mudar los campos, para traducirnos voces de pájaros, matices, tristezas, sonrisas.

Con todo, lo que verdaderamente hace que "Todas las noches amanece" rezume esa sere-

nidad, esa verdad tan acorde con la mirada paulatinamente más vieja y sabia del protagonista, es la tersa fiesta del lenguaje a que se libra Carnicer. Lo de menos es la profusión de términos rurales, incluso periclitados, que el autor despierta; lo de menos es incluso esa respetuosa recuperación-constatación de un galaicocastellano rico como pocas lenguas. Lo importante es que, en esta novela, se demuestra que, con un estilo bien pertrechado, no se distancia al lector, no se suscita en él vanos boquiabiertos administrativos ante colitis de léxico; por contra, nace así una atmósfera, algo irreplicable, propio precisamente del libro que un escritor se trae entre manos con el decidido propósito que luego el lector haga lo mismo.

Si se consigue esa atmósfera, como es el caso de Carnicer, ya el resto viene por añadidura, y el lector puede recibir con agradecimiento numerosas citas sagradas y profanas, retazos de romances, chascarrillos, historias dentro de historias. Las gentes que nos presenta Carnicer están vivas, y sólo por presentárnoslas sería recomendable el libro; pero el secreto estriba en que tanta vida no puede sernos transmitida sino mediante esa atmósfera-estilo que hace que Ramón Carnicer sea hoy mucho más cumplido novelista que tanto epatatribus como por ahí corre. ■ MIGUEL BAYON.



Murcia: el primer teatro municipal

Cuando hace un año se puso a andar el Centro Dramático Nacional, más de uno pensó que aquella era una absurda manera de descentralizar. Si en Madrid estaba "todo" el teatro, ¿qué sentido tenía crear allí una nueva institución? Yo nunca estuve de acuerdo con esta teoría, porque, a fin de cuentas, el Centro Dramático respondía al deseo de actualizar, sustituir y mejorar la herencia de los teatros nacionales. No hacerlo hubiera sido tanto como condenarnos a añorar las buenas temporadas del María Guerrero, cuando, entre censuras o intromisiones de la Administración, José Luis Alonso presentaba anualmente tres o cua-